

Poi d' ogni lato ad esso m' apparío  
Un non sapea che bianco, e di sotto  
A poco a poco un altro a lui n' uscío.

Lo mio Maestro ancor non fece motto,  
Mentre che i primi bianchi apparser ali;  
Allor che ben conobbe il galeotto,

Gridò: Fa, fa che li ginocchia cali;  
Ecco l' Angel di Dio; piega le mani:  
Omá' vedrai di sí fatti ufficiali.

Vedi che sdegná gli argomenti umani,  
Sí che remo non vuol, ne altro velo,  
Che l' ali sue, tra liti sí lontani.

Vedi come l' ha dritte verso 'l Cielo,  
Trattando l' acre con l' eterne penne,  
Che non si mutan come mortal pelo.

Poi, come piú e piú verso noi venne  
L' uccel divino, piú chiaro appariva:  
Per che l' occhio dappreso nol sostenne;

Ma chiná 'l giuso: e quei sen venne a riva  
Con un vasello snelletto e leggiéro  
Tanto, che l' acqua nulla ne'nghiottiva

Da poppa stava il celestial nocchiero,  
Tal, che farfa beato pur descritto:  
E piú di cento spirti entro sediero.

*In exitu Israel de Egitto*

Cantavan tutti 'nsieme ad una voce,  
Con quanto di quel salmo è poi scritto.

Poi fece 'l segno lor di santa croce;  
Ond' ei si gittár tutti in su la spiaggia,  
Ed el sen gi, come venne, veloce.

La turba, che rimase lì, selvaggia  
Parea del loco, rimirando in torno,  
Come colui che nuove cosse assaggia.

Da tutte parti saettava il giorno  
Lo Sol, ch' avea con le saette conte  
Di mezzo 'l ciel cacciato 'l Capricorno;

Quando la nuova gente alzò la fronte  
Vér noi, dicendo a noi: Se vo' sapete,  
Mostratene la via di gire al monte.

E Virgilio rispose: Voi credete  
Forse che siamo sperdi d' esto loco;  
Ma noi sem peregrin, come voi siete.

Dianzi venimmo, innanzi a voi un poco,  
Per altra via, che fu sí aspra e forte,  
Che 'l salir oramai ne parrà giuoco.

L' anime, che si fur di me accorte,  
Per lo spirare, ch' io era ancor vivo,  
Maravigliando diventaró smorte;

E come a messaggier che porta olivo,  
Tragge la gente per udir novelle,  
E di calcar nessun sí mostra schivo;

Così al viso mio s' affissár quelle  
Anime fortunate tutte quante,  
Quassi obbliando d' ire a farsi belle.

Io vidi una di loro trarsi avante,  
Per abbracciarmi, con sí grande affetto,  
Che mosse me a far il simigliante.

Oi ombre vane, fuorchè nell' aspetto!  
Tre volte dietro a lei le mani avvinsi,  
E tante mi tornai con esse al petto.

Di maraviglia, credo, mi dispinsi:  
Per che 'l ombra sorrise, e sí ritrasse;  
Ed io, seguendo lei, oltre mi pinsi.

Soavemente disse ch' io possase:  
Allor conobbi ch' era, e pregai

Y como yo apartase de él los ojos para preguntar á mi guía, volví á verle á poco mas grande y luminoso. Luego me pareció descutrir en cada lado algo blanco de donde salia paulatinamente otro objeto blanco como el anterior.

Mi maestro nada dijo hasta que las primeras formas blancas desplegaron sus alas. Entonces conociendo el barquero, exclamó: «¡Dóblense desde luego tus rodillas! ¡Hé aquí el ángel de Dios, junta las manos! Ya verás en lo sucesivo iguales ministros.

Mira como prescinde de los medios humanos; pues no quiere remos ni mas velas que sus alas para atravesar estas orillas tan distantes de los vivientes. Mira como las tiene levantadas al cielo, y como azota el aire con sus plumas eternas que no son mutables como la cabellera de los mortales.»

Cuanto mas se iba acercando el ave divina, mas brillante parecia, de modo que era imposible á los ojos resistir de cerca su esplendor; así que, víme obligado á bajarlos, mientras se iba acercando á la orilla con su barquichuelo tan frágil y ligero, que apenas surcaba el agua.

Habia en la popa el celeste nauclero, cuya beatitud se veia impresa en sus facciones, y mas de cien espíritus sentados en la barquilla, que cantaban á coro *in exitu Israel de Egipto*, con un recogimiento digno de aquel gran salmo.

Habiendo hecho el ángel la señal de la santa cruz, saltaron todos á la playa, y él se volvió con la misma rapidez que habia venido.

La cohorte allí dejada por el ángel parecia estrangera en aquel sitio, y así es que miraba en torno suyo como el que examina cosas nunca vistas.

El sol irradiaba en todos los puntos, habiendo arrojado ya con sus inevitables dardos al Capricornio del centro del cielo, cuando la nueva cohorte levantó hácia nosotros la frente diciéndonos:

«Si lo sabeis, indicadnos el camino que conduce al monte.»

A lo que contestó Virgilio: «Quizás creéis que conocemos este sitio, pero, como vosotros, somos estranjeros; hemos llegado aquí pocos momentos antes que vosotros, pero por un camino tan áspero y duro, que será para nosotros el subir la montaña un mero pasatiempo.»

Las almas, que en mi respiracion notaron ser yo aun vivo, palidecieron de asombro; y, así como en torno del mensajero que lleva la rama de olivo, se agrupa la multitud para oír las noticias, sin que nadie tema verse empajado, así se suspendieron en torno mio aquellas almas dichas, olvidándose de ir á embellecerse.

Ví á una de ellas adelantarse con tanto afecto para abrazarme, que me obligó á imitarla; pero, ¡oh vanas sombras! escepto para la vista. Por tres veces intenté circuir la con mis brazos, y por otras tantas solo estos llegaron á mi pecho. (1)

De seguro debió pintarse el aso ubro en mi rostro, puesto que la sombra se retiró sonriendo, mientras que yo continuaba adelantándome hácia ella.

(1) Ter conatus eram collo dare braccia circum,  
Ter frustra comprehensa manus effugit imago,  
Par levibus ventis volucrique simillima somno. (Virgil., l. vi)